



Nos recibió un atardecer luminoso en su apartamento —si es que a aquellos cincuenta metros cuadrados podía aplicársele tal nombre—. Llevaba el mismo terno decimonónico que vestía la primera vez que le vimos, y todas las demás veces, brillante por el uso en puños y codos pero limpio y de caída perfecta. La luz tenue del ocaso que se filtraba por las ventanas acentuaba su palidez, pero la proximidad de la noche parecía hacerlo revivir porque le brillaban los ojos inusitadamente e incluso esbozó un amago de sonrisa cuando nos abrió la puerta. Sólo entonces caí en la cuenta de que siempre lo habíamos visto de noche, o casi de noche, cuando empezó a aparecérsenos como surgido de la nada en cada uno de los hoteles en los que nos habíamos hospedado. Nos hizo pasar a una habitación minúscula de paredes desnudas y con una bombilla amarillenta por toda iluminación. «Tomen asiento por favor». Se comportaba tan educadamente como siempre, el tono de la voz suavemente modulado y la dicción perfecta, aunque quizás su inglés quedara un tanto anticuado. «Siento no poder ofrecerles nada, acabo de regresar de un largo viaje y la casa está completamente vacía, sólo, quizás... sí, tengo un delicioso aguardiente de ciruelas, hecho en casa, por así decirlo». Rehusamos con amabilidad pues tanto Héctor como yo habíamos experimentado ya con el aguardiente y sabíamos de sus efectos. «Todo esto es muy irregular —dijo— no acostumbro a recibir a extraños en mi casa, y mucho menos a extranjeros, pero la señora fue tan amable el otro día... y en estos tiempos que corren se agradece la amabilidad, es una virtud que escasea. Yo... bueno, me resulta muy difícil plantearles la cuestión...».

Por alguna razón que desconocíamos se resistía a explicarnos directamente lo que quería de nosotros y comenzó a divagar. Héctor le interrumpió. «¿A qué se dedica usted exactamente, Alteza?». El «Alteza» le rebotó en la boca y sonó de forma extraña. «A sobrevivir —respondió con sencillez— no es época ni país éste para príncipes y mucho menos para príncipes con, digamos, características especiales, como es mi caso. ¿Han estado ustedes en Bran? ¡Horrible lugar! Hacen creer a todo el mundo que ese es mi Castillo, pero es falso; mi verdadero Castillo —del que sólo quedan unas ruinas— está situado en la región de Oltenia, al suroeste del país. En Bran viví durante un tiempo, es cierto, en calidad de refugiado político al amparo del príncipe Mateus Corvino, un pariente lejano que a la primera oportunidad me traicionó dejándome a merced de mis enemigos. Bran fue siempre una espantosa fortaleza y lo sigue siendo. La decoración actual es uno más de los horrores cometidos por mor de la invasión turística, que es algo molesto pero que reporta pingües beneficios. Ocurre que esta nación siempre ha atraído a los extranjeros; sin ir más lejos los turcos por ejemplo... pero bueno no quiero aburrirles con viejas historias. ¿Me preguntaba usted que a qué me dedicaba, no? Bien, no sé si estoy muy capacitado para responderle. Trato de mantener incólume el honor de la familia y ello resulta harto difícil en estos tiempos. Ha habido ya deserciones notables, la princesa Doina-Irina por ejemplo trabaja para la inteligencia militar. Es un trabajo nocturno y claro está le resulta muy cómodo y además está espléndidamente remunerado, pero al fin no deja de ser una traición porque nuestra estirpe siempre

ha sido muy independiente y no se ha sometido jamás a ciertas servidumbres. Como comprenderán me duele profundamente ver a miembros destacados de mi familia dejándose chupar la sangre —sonrió aviesamente al decir esto— por burócratas de tres al cuarto. Trato de defender mi reputación, al fin y al cabo aquí soy un héroe nacional. La leyenda en torno a mí es una invención occidental de un irlandés que se hizo famoso a mi costa y que el cine alimentó. ¡Oh el cine! es el único invento de esta era por el que siento adoración y al que estoy sumamente reconocido puesto que me ha inmortalizado. Así pues mi pueblo sigue considerándome un héroe y yo tengo que mantener el tipo. ¿Han visitado mi tumba? No dejen de ir, está en una Iglesia de una pequeña isla, en el lago Snagov; naturalmente allí no estoy yo enterrado, pero los turistas se muestran encantados y temerosos al verla. En una ocasión solicité del Gobierno una pensión, derechos de explotación de imagen, en fin, ustedes ya me entienden... no obtuve respuesta por supuesto, el expediente debió extraviarse por algún despacho, así que no tuve más remedio que organizarme de una forma menos... ortodoxa».

Dijo todo esto de un tirón sin que Héctor ni yo osáramos interrumpirle. Ya no le temblaban las manos como cuando llegamos pero los ojos, febrilmente enrojecidos, parecían a punto de salirse de las órbitas. La noche había llegado definitivamente, una noche húmeda y calurosa. Héctor y yo sudábamos bajo nuestras ropas de verano pero él parecía no sentir los efectos del calor y mantuvo las ventanas herméticamente cerradas. «No desearía ponerles en una situación embarazosa —continuó— pero el caso es que necesito su ayuda, en realidad lo que necesito son... dólares. Les he visto a ustedes cambiar en nuestro Banco Nacional y también a través de otros canales... y yo necesito urgentemente dólares. Juro por mi honor que es la primera vez que recurro a estos métodos y si no fuera porque está en juego la reputación de una dama nunca me habría atrevido a hacer nada semejante. Apelo pues a su amabilidad sabiendo que no me defraudarán».

La transacción monetaria se hizo en medio de un profundo silencio. Fue un cambio ventajoso para nosotros y no pude por menos que sentirme avergonzada,

aunque nuestro anfitrión no quiso ni oír hablar de rebajar el precio. Héctor y yo no miramos y sin palabras nos dijimos que en qué demonios nos íbamos a gastar todos aquellos leus si sólo nos quedaban cuatro días de estancia allí. Su Alteza —él fue quien nos aclaró en la primera entrevista que mantuvimos que su dignidad era la de príncipe de Valaquia— se relajó una vez finalizado el trato y se mostró mucho más agradable todavía. Parecía haberse librado de una pesada carga y acabó bromeando acerca de su peculiar situación a las puertas del año dos mil. Aceptamos finalmente el aguardiente de ciruelas que nos sirvió en unas espléndidas copas de cristal tallado. «El cristal sigue teniendo una gran calidad aquí, es algo que afortunadamente no se ha perdido todavía aunque, como habrán advertido, lo venden en los grandes almacenes como si fuera cualquier cosa». Las copas tintineaban al menor roce y yo comencé a sentir un suave calorillo que me bajaba del estómago a los pies. El Príncipe se mostró galante. «Además de caritativa es usted muy bella señora. Nunca podré agradecerle lo suficiente su amabilidad del otro día. Una caída como esa a mis años hubiera sido fatal, su oportuna presencia me salvó». «Yo creía que usted era inmortal» me atreví a decir y la voz me salió espesa. No respondió pero un relámpago de ira le cruzó los ojos. Fue algo muy rápido que le hizo cambiar de actitud y volver a su primitiva reserva. «Lleva usted unos vaqueros magníficos señora ¿Calvin Kein verdad? Lo suponía. Le sientan a usted casi tan bien como Brooke Shields, ¿no los venderá por casualidad? No, claro». La suavidad del insulto me hirió profundamente y pensé que ya era el momento de que nos fuéramos de allí. El Príncipe no hizo nada por disuadirnos aunque siguió manteniendo su amabilidad distante cuando nos acompañó a la puerta. «No creo que volvamos a vernos nunca pero mi agradecimiento hacia ustedes será eterno —recalcó lo de eterno—. Espero de su discreción que no comenten con nadie esta... entrevista. Recuerden: nunca han estado en esta casa, nunca me han visto y por supuesto no han averiguado quien soy en realidad. Es conveniente tanto para ustedes como para mí ¿de acuerdo?».

Aquella noche soñé con el Conde Drácula.

